

NOTAS E INFORMACIÓN

EL XXXVIII SIMPOSIO DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LINGÜÍSTICA

Del 2 al 5 de febrero de 2009 se celebró en el Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC (c/Albasanz, 26-28, 28037 Madrid) el XXXVIII Simposio de la Sociedad. En él se desarrollaron diversas actividades: cuatro ponencias plenarias, una sesión monográfica, una sesión especial y la presentación de 153 comunicaciones, algunas de ellas incluidas en una sección especialmente dedicada a la presentación de proyectos y grupos de investigación.

Sesiones plenarias

- Dr. GEORG BOSSONG (Universidad de Zúrich, Suiza): *Tipología morfológica y tipología (sintáctico-posicional). El caso de las marcas de caso.*
- Dr. MANUEL CASADO VELARDE (Universidad de Navarra): *Metalinguaje de discurso y lengua. De metalinguaje de discurso a unidades léxicas de la lengua: un procedimiento de creación léxica desatendido.*
- Dra. ÁNGELA DI TULLIO (Universidad del Comahue, Argentina): *Las construcciones copulativas de relieve en español.*
- Dr. JULIÁN MÉNDEZ DOSUNA (Universidad de Salamanca): *La metáfora del movimiento en griego antiguo.*

Sesión Monográfica: Las lenguas de señas.

- Dr. CARLOS MORILLÓN MOJICA (Universidad de Valladolid): *Fraseología y cognición en lengua de señas española*, Dra. CARMEN CABEZA PEREIRO (Universidad de Vigo): *Modalidad visuo-gestual del lenguaje. Algunos ejemplos de la lengua de señas española* y D. SAÚL VILLAMERIEL GARCÍA (Máster Oficial en Docencia e Interpretación en Lenguas de Señas): *Hacia la construcción del discurso narrativo en lengua de señas española.*

Sesión especial: La investigación de la entonación española

- Organizadores: Dr. ANTONIO HIDALGO (Universidad de Valencia) y Dra. YOLANDA CONGOSTO (Universidad de Sevilla). Se presentaron 22 trabajos y proyectos de investigación.

El Simposio incluyó en el programa un Homenaje al primer presidente de la Sociedad y director de la *Revista Española de Lingüística*, el Profesor Adrados (RAE), cuyo discurso de presentación corrió a cargo del Dr. Alberto Bernabé. Dado el interés de ambos discursos, los hemos incluido en esta sección.

El Simposio se desarrolló, como es habitual, en un ambiente de gran cordialidad, que favoreció el intercambio de ideas entre los asistentes.

ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DE LA SOCIEDAD

Como es habitual, se celebró durante el Simposio, el día 4 de febrero de 2009, la Asamblea General Ordinaria de la Sociedad. En ella se aprobaron las cuentas presentadas por el Secretario Tesorero hasta ese día. La Junta se comprometió a presentar el resumen correspondiente al año 2008 en la primera circular de este año. Se especifica a continuación:

| | | |
|--|------------|------------|
| Saldo a 31 de diciembre de 2008 | 37825.33 € | |
| Ingresos por cuotas 2008 y otros conceptos | 34756.08 € | |
| Gastos del año 2008 | | 32570,96 € |
| TOTAL | 40010,45 € | |

HOMENAJE A D. FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS

DISCURSO DE D. ALBERTO BERNABÉ

Es para mí motivo de gran satisfacción que la Sociedad Española de Lingüística, una Sociedad a la que me unen fuertes y antiguos lazos afectivos, me haya encomendado la gozosa tarea de tomar la palabra en este homenaje al Profesor Rodríguez Adrados. Es para mí un honor que haya recaído en mi persona la responsabilidad de glosar los méritos y la carrera científica de una personalidad de la excelencia y la riqueza del profesor Adrados. Y es también un placer, porque él ha sido y es mi maestro, fue el responsable de que yo estudiara Filología Clásica, mi director de Tesis, una persona con la que he colaborado largo tiempo, tanto en la confección de ese *opus magnum* que es el *Diccionario Griego-Español* como en la *Revista Española de Lingüística* y en otros diversos proyectos y trabajos; con el que he pasado muchas horas de trabajo y de conversación sobre todo lo divino y lo humano, y, sobre todo, una persona a la que tengo mucho que agradecer y aprecio profundamente. Se trata, pues, de cumplir un deber de *pietas* y de *φιλία*, deber que intentaré cumplir con dignidad, al tiempo que con afecto.

No descubro ningún Mediterráneo si digo que el profesor Adrados es una persona que trabaja mucho. Yo, que me considero bastante trabajador, soy apenas un aficionado a su lado. Ha sido capaz de acometer empresas de tanto calado y complejidad como el *Diccionario Griego-Español*, de haber dedicado años y años de su vida a la Sociedad Española de Estudios Clásicos, ser Académico de dos Academias, la de la Lengua y la de Historia, y además participar activamente en sus trabajos, ser colaborador frecuente en la prensa escrita, profesor y conferenciante, y sobre todo autor de trabajos científicos señeros que han cuajado en múltiples libros e infinidad de artículos. Sus trabajos no sólo son muy numerosos, sino que además se ocupan de los más diversos terrenos: en primer lugar, el griego, desde luego, dentro del cual ha sido editor de textos, lexicógrafo, estudioso de la literatura, del micénico o de la filosofía; en segundo lugar, la lingüística, la general o la lingüística indoeuropea y de lenguas muy diversas (fue, por ejemplo, el primero que empezó en nuestro país a hablar de la lengua hitita y a escribir sobre ella y últimamente es autor de una sólida historia de las lenguas de Europa). Podemos añadir muchos más ámbitos al elenco: la historia, la toponimia, el influjo griego sobre autores árabes,... me detengo porque necesitaría la totalidad del tiempo sólo para señalar las facetas en las que desarrolla su inmensa actividad, actividad que ha dado lugar a un currículum con dimensiones similares a las de una guía de teléfonos.

El profesor Adrados forma parte de un muy pequeño, pero selecto grupo de figuras que en una España deshecha tras la Guerra Civil asumió la responsa-

bilidad de crear y desarrollar una investigación seria y que en aquellas difíciles circunstancias fue capaz de hacerlo, con una penuria extraordinaria de medios. Aún recuerdo los años sesenta, cuando la situación había mejorado bastante sobre los primeros tiempos de la actividad del profesor Adrados, pero en los que aún había que comisionar a un colaborador del Diccionario para que fuera a Oxford o a París dos días para encerrarse en una biblioteca y revisar una larga lista de citas, porque en España no teníamos las ediciones de muchos de los autores. Además, también en los primeros tiempos, supo trabajar en Filología Clásica al margen de la orientación que trataba de imponerse desde las altas instancias de la política y que intentaba recuperar interesadamente un pasado clásico que debía servir como coartada ideológica del régimen; por el contrario, el profesor Adrados buscó siempre el rigor de la mejor tradición europea. También se interesó desde el principio por los diversos métodos de análisis de la lingüística que iban surgiendo fuera de nuestras fronteras, para incorporarlos de un modo original y valioso a nuestros estudios. Su *Lingüística General* fue en su momento pionera y un modelo; desarrolló los estudios de Lingüística Indoeuropea, incorporando con éxito a la encorsetada tradición neogramática nuevos métodos de la lingüística general. Su contagioso entusiasmo hizo que numerosos discípulos se sintieran atraídos por su manera de trabajar y continuáramos tras su estela. Los frutos de esa labor de «ponernos en el mapa» de la lingüística y de las humanidades en el resto del mundo, de fundamentar estudios solventes, de trabajar con método y con rigor, los recogimos sus herederos y los herederos de sus herederos, y es una deuda impagable que raras veces reconocemos.

Es también Don Francisco uno de los grandes maestros que combinan sabiamente la aplicación de los métodos más novedosos de la Lingüística con una aproximación filológica que supone el conocimiento profundo de los textos, del entorno cultural, de la historia de los hablantes de las lenguas que estudian. No una Lingüística fría y abstracta, sino una Lingüística de personas que hablan, de la lengua como un vehículo de comunicación social.

Y ello es posible, además, porque el Profesor Adrados posee un saber enciclopédico extraordinario. Permítaseme que mencione dos experiencias personales: la primera, es que lo he acompañado en algún viaje y era una extraordinaria sorpresa cuando nos señalaba desde el autobús el lugar preciso en el que Edipo se había encontrado con Layo, en el cruce del caminos que aún lleva a Delfos, o cuando trazaba ante nosotros en la Acrópolis de Atenas una apasionante historia del Erecteion desde su construcción a su utilización como harén en época de la dominación otomana.

La segunda, es que he mantenido con él muchas sesiones de corrección de fichas de *Diccionario Griego-Español*. Veníamos los colaboradores con fichas recién redactadas, que él corregía *in situ*, y de repente se detenía en la mención de un oscuro topónimo indio mencionado por un autor griego y dudaba de que la identificación con la ciudad moderna que se había propuesto fuera correcta. «No, esa ciudad, por el sitio donde está debe ser ...» y añadía un nombre indio impronunciable. O cuando señalaba que la traducción de un término filosófico neoplatónico no era lo suficientemente precisa. O que el número de verso de una tragedia de Esquilo con el que se documentaba una palabra no debía ser ése, porque el pasaje en que aparecía esa palabra pertenecía

a una escena que se situaba más al principio de la obra. Lo malo es que solía tener razón once veces de cada diez.

La mención de las sesiones de corrección del *Diccionario Griego-Español* me lleva a otra de las cualidades del profesor Adrados, y es la de que (*rara avis* en nuestro país) es una persona que sabe trabajar en equipo, porque sabe organizar y liderar, pero también compartir responsabilidades, respetar opiniones y aunar criterios.

Si tuviera que sintetizar la orientación metodológica del profesor Adrados creo que podría recurrir a una parte del título de uno de sus libros, un libro que, por cierto, me parece de los más importantes, redondos y profundos que ha escrito: *Evolución y estructura del verbo indoeuropeo*. El profesor Adrados gusta de observar los fenómenos, tanto los lingüísticos, como los ideológicos, los históricos o los literarios a través de esas dos coordenadas básicas: evolución y estructura; cómo evolucionan y se transforman en el tiempo y cómo van generando estructuras sucesivas, cada una de las cuales arrastra huellas de la estructura anterior y contiene gérmenes del cambio para evolucionar a la siguiente. Ese método, *mutatis mutandis*, le ha valido tanto para el análisis del verbo indoeuropeo, como para determinar los estratos de desarrollo del Indoeuropeo desde la fase preflexional al Indoeuropeo tradicionalmente reconstruido que no es sino el último de esos estratos. Pero también le ha servido para analizar cuidadosamente la evolución desde las formas preteatrales del mundo de la fiesta a las grandes obras de Esquilo, Sófocles, Eurípides o Aristófanes, en *Fiesta, comedia y tragedia*. O para trazar el camino ideológico del arcaísmo a la democracia en *Ilustración y política en la Grecia clásica*, o para determinar cómo se desarrolla la lírica desde los estadios preliterarios a las grandes creaciones de Píndaro o para analizar el estudio del lenguaje en Grecia desde los Sofistas a los gramáticos posteriores.

Otra faceta a la que el profesor Adrados ha dedicado no pocas de sus energías ha sido la defensa de los Estudios Clásicos y de las Humanidades en general. Ello le ha llevado a emplear muchas horas en entrevistas con las más altas instancias ministeriales, que, cuando estaban medio convencidas, eran destituidas, lo que le obligaba a comenzar otra vez, como en la tela de Penélope; muchas horas también a promover manifiestos, a hacer declaraciones en la prensa o en la televisión, a escribir artículos, sin que el reiterado desinterés de las sucesivas autoridades ministeriales de uno u otro signo le hiciera cejar un ápice en su esfuerzo constante.

Con todo, pienso que en este foro el objeto primordial de esta presentación mía debe centrarse en la actividad del Profesor Adrados que se ha reflejado en la Sociedad Española de Lingüística, una Sociedad cuya historia ocupa prácticamente la mitad de su vida.

La historia, quizá los más jóvenes no lo sepan, comienza cuando a Eulalia Rodón se le sugirió desde la Sociedad Internacional de Lingüística la conveniencia de que se creara en España una Sociedad de Lingüística, que pudiera integrarse en la Internacional y sirviera de marco para el intercambio científico de ideas entre lingüistas de diversas tendencias, que ya por entonces constituían un grupo importante en nuestro país. Eulalia Rodón no tuvo la mínima duda de que la persona más idónea para liderar este proyecto, por su relevancia y por sus condiciones personales de trabajo, prestigio y capacidad de organización y convocatoria, era el profesor Rodríguez Adrados. En unión, también

con Julio Calonge, que aportó, además de su valía personal, el soporte editorial para lo que hoy conocemos como «la verde», el Profesor Adrados se consagró con entusiasmo a esta nueva empresa y de ese entusiasmo inicial surgió la Sociedad Española de Lingüística, una creación que sin duda ha resultado eficaz, ya que lleva funcionando bien desde hace casi cuarenta años y esperamos que dure muchísimos más.

El profesor Adrados lo ha sido todo en nuestra Sociedad: su primer Presidente, en los difíciles momentos en que había que poner todo en marcha; Director de la Revista, desde su primer número, llevando a cabo la difícil tarea de dar cabida a métodos, lenguas y temáticas muy dispares, con absoluto rigor y exigencia de calidad, al tiempo que con respeto y apertura hacia todos los métodos y formas serias de aproximarse a la Lingüística, incluso con aquellos con los que su sintonía era menor o incluso mínima. Desde los primeros momentos, en los que era frecuente que la orientación de nuestras revistas estuviera marcada por las preferencias de su directiva, el Consejo de Redacción de la Verde ejerció sus funciones con total independencia. Del trabajo y del respeto del Profesor Adrados, con la ayuda del Comité, ha dependido que la revista saliera año tras año y de que no sea una publicación sectaria. Puedo dar fe de ello desde mi privilegiado puesto de observación en la Secretaría de la Revista, que ocupé durante treinta años.

Por otra parte, el profesor Adrados, como participante, en tanto que director de la Revista, en todas las juntas directivas de la Sociedad, que han renovado su confianza en su gestión, elección tras elección, ha contribuido con cada una de ellas a que se celebraran puntualmente los treinta y ocho simposios de nuestra sociedad y dos Congresos. Ha sido reiteradas veces ponente y muchas comunicante. En casi cuarenta años siempre puede haber un imprevisto, pero yo no recuerdo que el profesor Adrados haya faltado a su cita en ninguno de los simposios (¿tal vez a uno?) y siempre ha participado activamente en la discusión de las comunicaciones y en la toma de decisiones de las Asambleas. En todo ese tiempo, además, tanto la Sociedad como la Revista han sabido hermanar la exigencia de calidad con una apertura generosa a estudiosos jóvenes. Han sido muchos los jóvenes que presentaron o publicaron su primer trabajo en los órganos de nuestra sociedad.

Asimismo debo referirme a otra iniciativa del profesor Adrados dentro de nuestra Sociedad, a la que también dedicó no pocos desvelos: la Bibliografía Lingüística Hispánica, en la que se recogía una información, muy completa y muy bien clasificada, de lo que se producía en nuestro país en los más diversos campos de la Lingüística.

Tendría aún mucha materia para continuar glosando las aportaciones del Profesor Adrados a la Sociedad de Lingüística y a la lingüística y a la filología, pero, como dijo sabiamente Píndaro: «Largo me es seguir por el camino real, pues la hora apremia y conozco un atajo». En otros términos, conviene que me calle para dejar tiempo a la intervención del profesor Adrados.

Don Francisco, enhorabuena por todo el camino recorrido, por sus éxitos profesionales, por la obra científica que ha realizado y sigue realizando, por haber visto continuados sus métodos y sus ideas en la obra de sus numerosos discípulos y en la de quienes no lo fueron más que en la distancia o a través de la lectura. De usted puede decirse con motivo que *exegit monumentum aere perennius*.

Infinitas gracias en nombre de la Sociedad de Lingüística y de la comunidad científica en general por lo mucho que nos ha aportado en tantos y tan diversos campos. Muchas gracias personalmente, por haber guiado mi investigación y por todo lo que me ha enseñado. Llévase de aquí, como un presente, todo nuestro afecto y todos nuestros mejores deseos por la continuación fecunda de su trabajo.

DISCURSO DE D. FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS

Me halaga mucho este Homenaje, más que por mí mismo, por mi intervención en la fundación de esta Sociedad Española de Lingüística, de la que fui el primer Presidente, y por el empeño que he puesto en lanzar y mantener en pie una obra tan desinteresada como es nuestra Revista Española de Lingüística.

Después de esto, quiero dar las gracias a la Junta de la Sociedad, así como a su Presidente D. Salvador Gutiérrez, por la iniciativa y la organización de este acto. De verdad se lo agradezco. Como agradezco también la intervención en él de D. Alberto Bernabé con las palabras que en este mismo número se recogen.

Era necesaria, creo que sigue siendo necesaria nuestra Revista. Y creo que ha representado realmente un esfuerzo, mío y de muchos. He repasado los dos fascículos de los 38 volúmenes, desde el 1 al 38, el último en pruebas, de la revista. Son últimamente, como saben, anuales para repescar los retrasos, lo que estamos a punto de conseguir. He sacado de esta relectura provecho y algunas ideas. Son, digamos, 76 números, más alguno extra, y no incluyo los cuatro grandes volúmenes de *Actas* de nuestros Congresos del XX y el XXX aniversario, que no edité yo, lo hicieron otros colegas.

Gracias, muchísimas gracias. Pero en lo que querría insistir es en que el Homenaje, más que a mí, es a todos los Presidentes de la Sociedad y a todos los miembros de los sucesivos Comités de Redacción y a quienes han colaborado con nosotros, incluidos los autores y los informantes. A todos los que nos han ayudado. Porque esta es una revista difícil, con contenido múltiple y límites no siempre claros, con infinitas variantes en los símbolos y el lenguaje empleados, con verdaderas torturas para revisores e imprentas, y cuyo contenido ha sido cambiante según el ritmo de los tiempos. Nunca le deja a uno descansar ni dormirse.

Creo que estas palabras sobre la Revista, sus impulsores, sus características, debo pronunciarlas, entre otras cosas, porque el plantel de autores, de temas, de lectores, varía, muchos de nuestros socios son demasiado jóvenes para conocer esto, el tiempo va creando distancias entre todos. Yo intento ver la Revista como un todo. Aprovechando el descanso relativo provocado por una enfermedad y el consiguiente encierro, he repasado año a año, ya digo, mi colección de la Revista, un verdadero tesoro. Esa lectura o simple hojear me ha llenado de admiración, de recuerdos alegres y tristes. Toda una historia no escrita se me venía a las mientes.

La revista es una obra colectiva, pero al tiempo me traía recuerdos de nuestra vida científica y nuestras vidas personales, recuerdos también de tantos amigos muertos.

Muy brevemente, la Revista y la Sociedad nacieron, primero, de un ambiente de renovación que brotaba y se expandía en España desde los años sesenta, yo diría, un ambiente que nos empujaba a los que trabajábamos, fundamentalmente, en Lingüística de las lenguas clásicas, de las indoeuropeas en general y de la lengua española, también en algunos sectores más. Esto nos empujaba a buscar un lugar propio para expresarnos.

Y fue importante, dentro de nuestra pequeña historia, la visita que en algún momento de 1970 me hicieron, para impulsar esta idea, dos personas a las que la Revista y la Sociedad deben muchísimo: Julio Calonge, amigo y director entonces de Gredos, y Eulalia Rodón, nuestra primera Secretaria tanto de la Sociedad como de la Revista. Decidimos, los tres, ir adelante: crear la Sociedad y la Revista. Logramos la colaboración de profesores que estaban en el mismo ambiente y que formaron el núcleo de los que escribían en la revista y entraban en las Juntas de la Sociedad y de la propia Revista.

En ese repaso de que he hablado, yo veía los primeros escritos de estos colegas en la revista, su entrada en nuestros órganos directivos, su llegada a Presidentes, en el caso de varios. Por poner un solo ejemplo, nuestro actual Presidente emerge en las páginas de la revista en el año 80.

Desgraciadamente, al repasar la Revista a veces hallamos también reseñas de la muerte de tantos amigos y amigas: las necrologías que les dedicamos. Pienso en Tovar, Alarcos, Marsá, Alvar, Quilis, Mariner, Michelena, Díaz Tejera, Lorenzo, Vilchez, Pérez Castro, Mayoral, muchos más. Las hacíamos los que quedábamos, a veces algún necrólogo aparece en el número siguiente como objeto, a su vez, de una necrología. La lectura se hace melancólica.

Pero también hallamos cómo aparecen, crecen luego en nuestras páginas y siguen, por fortuna, con nosotros, tantos lingüistas, tantos amigos: tales, solo como ejemplos, Rodón y Calonge, Lamíquiz, Martínez, Codoñer, César Hernández, Breva, Urrutia, Mendoza, Villar, Martinell, Cano, Bernabé, Rotaeché, Cifuentes, González Calvo, García-Hernández, Ariza, los dos Moralejo, Teijeiro, Zavala, Fernández Lagunilla, Escandell, Pedrosa, Narbona, Cerdá, Salvador, Alcoba, Lavid, de la Villa, mi hija Amalia, Crespo, Torrego, Bosque, Moreno Cabrera, Leonetti, Martinell, Ordóñez... Son solo unos pocos nombres como ejemplo, repito.

En fin, yo he de agradecer a todos el privilegio que he tenido de presidirlos: en los cuatro primeros años, desde la Junta de la Sociedad y, desde el primer número al último, el del 2008 que acabo de ver en pruebas, desde la Junta de la Revista, que he venido presidiendo hasta ahora, Junta integrada por un grupo de personas especialmente interesadas en ella. Un grupo que se renueva y que se reúne cada año, en una cena de amistad, también durante el anual simposio.

En fin, la primera Junta de la Sociedad me eligió Director de la Revista. Y luego las sucesivas Juntas, una a una, me han venido confirmando en este puesto, dado que, de acuerdo con los Estatutos, de la Junta depende el confirmarlo o no, no de la votación que cada dos años se celebra para renovar o no los mandatos por dos años de los miembros de la Junta de la Sociedad. Yo he colaborado con todos, antes, en o después de su presencia en esa Junta, pero he seguido a pie de obra en la Revista.

Pero la Revista, sin las sucesivas Juntas de la Sociedad y sin sus miembros y colaboradores, nada sería. Es la única revista científica propiamente democrá-

tica que conozco, todo depende de los informantes. Y es una revista totalmente integrada en la Sociedad: vive de ponencias y comunicaciones en los Simposios anuales, incluidas las de invitados extranjeros, añade información bibliográfica y del mundo científico, español e internacional en que nos movemos, así como información sobre la propia Sociedad. Y no quiero dejar de mencionar la relación de tesis doctorales presentadas en toda España, que ha llevado Emma Martinell. Ni las Notas e Información. Ni las reseñas. Ni las repetidas listas de socios, que hacían ver nuestro crecimiento.

Pero nuestra revista no publica automáticamente todo el material de los simposios, solo el de los dos Congresos, ya aludidos, del XX y XXX aniversario, el primero en Santa Cruz de Tenerife el año 1990, el segundo en Madrid el año 2000. Y ello por dos razones: para reservar material de calidad para la Revista, que sufrió escasez de materiales con motivo de las Actas de los dos Congresos, y mantener en todo caso una exigencia de rigor, que compensaba una mayor liberalidad en la aceptación de comunicaciones en los Simposios.

Así ha transcurrido la vida de nuestra Sociedad y nuestra Revista, siempre centrada, como digo, en los simposios anuales, primero en Madrid, luego alternando en Madrid y otra ciudad universitaria. Primero sobre un tema central que acordaba la Junta, luego alternando entre tema fijo, en un momento dos, y otro libre, luego con variantes y con añadidos sucesivos de mesas redondas, seminarios, exposiciones de grupos, etc. Siempre con algunos ilustres invitados extranjeros, siempre buscando un equilibrio entre las distintas áreas, la del español y la de las lenguas clásicas entre ellas.

Pero con intervención siempre de lingüistas y temas lingüísticos de toda España. Fue importante desde el principio el grupo catalán en torno a Marsá, hemos tenido también relaciones excelentes con los lingüistas del vasco y del asturiano, por ejemplo. Y recordamos el íntimo contacto con antiguos y nuevos amigos, también estudiantes, en nuestros simposios, llenos de entrañables recuerdos personales y que han sido manantial siempre renovado para la revista. Cito los de fuera de Madrid, cada dos años, sin dar fecha: en Sevilla, Valladolid, Barcelona, Córdoba, Zaragoza, Pamplona, Cáceres, Salamanca, Granada, Oviedo, Murcia, Palma, Pamplona, León. Cada uno tiene su gran protagonista en su organizador local, por poner algún ejemplo, Tejera en el de Sevilla, Marsá en el de Barcelona, Martín Zorraquino en el de Zaragoza, Ordóñez en el de León, Casado en el de Pamplona. Todos impulsaron el ambiente de la Sociedad.

A todos estos simposios, también a los de Madrid, asistí en todos los Diciembres desde el 71, perdónenme esta pequeña vanidad. Este año, por causa de mi enfermedad, habría faltado, pero el azar hizo que el simposio se desplazara al siguiente Febrero. Y aquí estoy.

Pero me estoy dejando fuera, según avanzo salto a salto, quizá lo más importante, los nombres de los Secretarios de la Revista que han hecho esta posible. Y los nombres, ya que no de todos los miembros de las sucesivas Juntas Nacionales, sí de los Presidentes, Presidentes de la Sociedad, sin cuyo apoyo tampoco podría yo haber hecho nada.

La primera Secretaria, primero de la Sociedad y de la Revista, luego solo de esta, fue Eulalia Rodón, a quien ya mencioné: desdichadamente, el traslado en un momento dado de su puesto de trabajo de Madrid a Zaragoza, hizo imposible que siguiera como Secretaria, solía venir a los simposios. Recuerdo cuándo «con-

fesaba» a los miembros y futuros miembros de la Sociedad en un mínimo despacho separado del mío por un tabique que dejaba oírlo todo. Era como en familia, los conocía a todos y a todas, uno a uno y una a una. Ahora ya no es posible.

Fue en el 76 cuando Eulalia renunció, el nuevo secretario fue Bernabé. Un verdadero todoterreno, que hizo de Secretario de la Sociedad y la Revista, de Vocal, de ponente, de editor, de Vicepresidente, de Presidente, de lingüista de mil Lingüísticas, de todo. Mi antiguo discípulo, mi amigo, al que ahora agradezco tanto sus palabras. Y luego desde el 79, por largos años, fue Margarita Cantarero la nueva Secretaria de todas las Secretarías, luego pasó a otros puestos, siendo sustituida en el 87 por Juan Carlos de Torres como nuevo Secretario-Tesorero, un amigo y un taurófilo y un hombre irrepetible.

Le siguió en el 93 Javier Herrero, en el 99 el Secretario volvió a ser Torres. Y en 2001 José Antonio Berenguer, que en una revista cada vez más multiforme, más difícil, desempeñó un gran papel tratando de regularizar artículos a veces demasiado individualistas o conformados de acuerdo con normas o formalizaciones que se nos escapaban. Después, ya en el 2008, cuando hubo de dejarlo para ser Secretario de *Emerita* a la muerte de Lois Pérez Castro, entró como nuevo Secretario Juan Antonio Álvarez-Pedrosa.

¡Con buen follón se encontró! Pero bravamente preparó en poco tiempo, yo hice luego una revisión, el total de los originales para el 2008.

Esta es la gran danza de los Secretarios que han permitido que la revista prosiguiera, a veces con cierto retraso que estamos a punto de repescar. En tanto, yo seguía de don Tancredo o Tentetieso, todas las Juntas me renovaban. Allí estaba urgiéndolos a todos, luchando por una cierta normalización unitaria del total de los originales, por alejar los de tema más bien ajeno —o eso pensaba yo—, regateando con los autores, los informantes, la editorial, la imprenta. Cada vez más difícil, entre otras cosas, porque en el 2007 fue vendida Gredos, la editorial amiga, al grupo RBA. Afortunadamente, hemos podido seguir adelante.

Yo luchaba por mantener todo esto y por compaginarlo con la Dirección de *Emerita* y en un tiempo la de *Estudios Clásicos*, a más de la *Colección Alma Mater* y el *Diccionario Griego-Español*, entre otras cosas. Y con las guerras de las lenguas clásicas y las de los planes de estudios, y las de aquella Facultad y las del Nebrija, más las Academias y mil premuras de libros míos, viajes, la familia... Una cosa, a ratos, casi de locura. Pero yo y los demás teníamos que hacer que nuestro niño, la Revista, creciera. Un niño que se hacía grande y nos llevaba, a veces, por derroteros que nos eran a muchos menos familiares que los iniciales. En vez de llevar de la correa al perro, era éste el que, a ratos, nos llevaba.

Pero he dejado sin mencionar algo que ha sido durante un tiempo esencial para la Revista y que ahora, con sentimiento mío, ya no existe, la «Bibliografía de la Lingüística en España». En realidad, en mi idea al menos, era un paralelo a la «Bibliografía de los Estudios Clásicos en España», que yo inicié en los años cincuenta nada menos que con dos grandes volúmenes, luego pasó a otras manos y más tarde murió de muerte natural, diríamos. Estos niños son difíciles o imposibles de criar.

Bien, la «Bibliografía de Lingüística» tuvo dos fases. En la primera, volúmenes del 18 al 23 (de 1988 a 1993), la redactó el grupo de Guillermo Rojo en la Universidad de Santiago. Tomó una forma que fue prácticamente la definitiva, pero, por desgracia, surgieron problemas, sobre todo de tipo económico,

que nos desbordaron. Y, sin embargo, tal era mi empeño que logré reanudarla, en la nueva serie de la Bibliografía que comenzó en el vol. 28, de 1999, y logró cubrir la brecha que se había producido desde el vol. 24. Me ayudaron personas como Emma Martinell y Luis Cortés, pero, sobre todo, Pilar Ortega, que es quien llevaba el tema más directamente. Yo clasificaba (tarea casi imposible a veces), reorganizaba, revisaba, me ocupaba de algunos dominios especiales.

Fue un trabajo ímprobo. El riesgo aumentó cuando la bibliografía creció y creció, nos invadía la revista y quitaba espacio y nos causaba aplazamientos de las fechas. Cuando quisimos solucionar todo esto publicando la Bibliografía en volúmenes independientes, de fecha libre, la nueva Gredos se negó. Y en la Junta de la SEL algunos eran menos entusiastas que yo, decían que con la Internet la Bibliografía era menos necesaria. Yo discrepaba, desde luego, creía que nuestra Bibliografía permitía un búsqueda abierta, no la de un trabajo concreto, y que daba la imagen de los que éramos.

Total, me quedé en minoría. Pero también recibimos, Pilar y yo y nuestros informantes de toda España, un merecido descanso. Hay que saber quedarse en minoría. Qué le vamos a hacer. La última Bibliografía apareció en el vol. 35, de 2005.

Pero con esto me salto quizá lo más esencial, aunque a ello he aludido varias veces: la serie de los Presidentes (la de los Secretarios de la Revista la he dado ya) de nuestra Sociedad. Sin ellos habría sido imposible mi labor en la Revista, después de mi Presidencia tanto de la Sociedad como de ella en los cuatro primeros años, desde 1971. Aunque he de precisar que aquella Presidencia mía sí que la obtuve por votación. Hubo quienes preferían a Manuel Alvar, cuyos méritos no es preciso encomiar. Pero me votaron a mí porque era quien, en la práctica, había creado tanto la Sociedad como la Revista. Esto no afectó a nuestras relaciones, que siempre fueron buenas. Alvar siguió en la Junta, siguió colaborando.

La serie de los Presidentes de la SEL fue como sigue. En el 75 entró como Presidente Antonio Quilis. Aquí sí que hubo disgusto, Fernando Lázaro quería el puesto, para él (aunque no lo pedía abiertamente) o para algún subrogado, más o menos de acuerdo con Michelena. Pero en la votación los dos salieron de vocales y Quilis de Presidente. Lo pasé mal presidiendo la mesa sentada entre Lázaro y Quilis. El primero dejó de acompañarnos en nuestras actividades, parece que lo quería o todo o nada. Lo sentí. Esta es la primera y única vez que hubo un roce.

El tercer Presidente fue Tovar, el 79, con Tejera como Vicepresidente. Se reincorporaba, en Madrid, a la enseñanza española, nos ayudó también en esto. Y vio que su generación se iba «quemando», los grandes nombres escribían ya poco. Les escribió una carta pidiendo su colaboración. No logró gran cosa, la renovación estaba en marcha.

Y el cuarto Presidente fue Alarcos, en el 83. El quinto Marsá en el 87, tenía grandes méritos en la Sociedad, organizó el Congreso XX aniversario en Tenerife, en el 90. Para el 93 hubo nuevo Presidente, el quinto, Gregorio Salvador, con Mayoral como Vicepresidente. Y para el 97 el sexto, Ramón Cerdá, que introdujo novedades en la organización de los simposios, la creación de la página web de la Sociedad, etc. El Vicepresidente fue Bernabé. En el 99 comenzó el período de Bernabé, el séptimo Presidente, con Emma Martinell como Vicepresidenta; bajo él fue la celebración del XXX aniversario, en Madrid, donde se repasó la his-

toria de las diversas Lingüísticas en España. Emma Martinell pasó a Presidenta, la octava, el 2003. En el 2007 la sucedió el noveno, Salvador Ordóñez, el actual.

Este es el esquema. Con ellos, la revista siguió felizmente, con sus éxitos y dificultades, hasta ahora. Esto es lo esencial, me parece. Merece ser recordado.

Y ahora entro en la última revisión de conjunto, quiero hablar brevemente del ambiente de la Lingüística española y mundial en que nació la Sociedad y en el actual de hoy. Ello, en la medida en que condicionan la Revista y nos condicionan a todos.

Los hombres de las anteriores generaciones, la mía y otras, recordarán los años sesenta como los del florecimiento de líneas lingüísticas que llamamos, ampliamente, «estructuralistas». Nombres como Trubetzkoy, Hjelmslev, Martinet, Coseriu, Pottier; en América Bloomfield, Bloch, Garvin, etc., no se borran fácilmente. Seguía al lado la Lingüística histórica (se intentaba tender puentes, hablar de la creación de los sistemas de las nuevas lenguas), seguían la Sociolingüística, la Semántica, dominaba el plurilingüismo de los lingüistas, seguía el estudio de la lengua culta, el énfasis en las grandes lenguas y en las lenguas literarias.

E intentábamos unirnos, formar grupo, ya se ve. De ahí vino nuestra Sociedad. Un panorama que coexistió, a partir de un momento, con las nuevas líneas de Chomsky (que yo expuse, creo que por primera vez, en mi *Lingüística Estructural* del 69), también de Dik y otros.

En nuestra revista tuvimos amplitud, admitíamos a los continuadores de unos y otros. Esto me valió regañinas amistosas, por ejemplo, de Coseriu. Y es que en España, independientemente o por contagio, surgían líneas paralelas a las del resto de Europa y a las de América. Cito a Alarcos, a Mariner, Michelena, a mí mismo, a Ruipérez, a los más tradicionales como Alvar. Cito aquella reunión que sobre «Principios y problemas del Estructuralismo lingüístico» celebramos en Medinaceli, nuestro añorado hogar, en 1964 y que dio lugar a un libro memorable. Cito también el *Homenaje a Martinet* III, que se publicó en La Laguna ya en 1962 y en el que hablé de gramaticalización y desgramaticalización, quizá por primera vez, luego esto lo han reinventado otros. Estoy ya acostumbrado, casi, a que me reinventen.

Yo intentaba introducir todo esto en la Lingüística griega primero (ya en *Estudios Clásicos*, 1950-52), luego en la indoeuropea: manejaba un Estructuralismo flexible para explicar las etapas del Indoeuropeo, sobre todo desde mi *Verbo Indoeuropeo* del 63. ¡E intentaba convencer de ello, a domicilio, a los indoeuropeístas alemanes! Tarea ardua, por cierto.

Y hay que añadir, dentro de España, la *Gramática Estructural* de Alarcos, del 51, más otros trabajos. Más los de Mariner, empezando por uno sobre el modo en el 57. Luego apareció Chomsky, de él nos llegaron, a nuestra revista, derivados, de la mano sobre todo de Sánchez de Zavala. Más los de Dik, particularmente *enragés* en un momento. Mal golpe, creo, para la Lingüística que entonces florecía y de la que, uniéndola a la histórica y a otras, obteníamos nuestros mejores frutos.

La línea dura historicista continuaba, a los árboles de Chomsky Lapesa los llamaba escobajos porque echaban ramas hacia abajo. A veces convivían las dos en un mismo lingüista. Pero éramos, algunos al menos, amplios. Un panorama ilusionante. Yo no estoy descontento: aunque el panorama haya cambiado, hemos hecho nuestro papel. Nuestra revista lo certifica.

Se abrió con un artículo mío sobre el campo semántico del amor en Safo: ya ven, griegos antiguos, lenguas literarias, semántica. El panorama era absolutamente amplio y tolerante. Menos lo ha sido entre otros, que solo muy tarde descubrieron al Brocense y a Aristóteles, o sea, el Mediterráneo.

Porque nuestra Revista nació cuando hacía falta, en realidad habría hecho falta unos pocos años antes: cuando había un verdadero desbordamiento de ideas, un deseo de confluencia, de llegar a visiones generales, ya a partir de una lengua (de entre las más estudiadas entre nosotros), ya, menos frecuentemente, en cuadros generales.

Todo esto fue creciendo con la entrada en nuestro círculo (simposios, revista) de más y más lingüistas. Sería notable presentar un cuadro con las fechas de la aparición de sus escritos en nuestra revista. En realidad, lo tengo medio hecho. Desde muy pronto, desde los volúmenes I y II, aparecen nombres como los de Michelena, Mariner, Tejera, Rubio, César Hernández, Bernabé, Lázaro, Zavala. Luego Martinell, Cerdá, Demonte y muchos más. Algunos fueron, en nuestro firmamento, estrellas casi fijas, otros, más fugaces.

Pero no quiero abusar de la autocomplacencia. Algunas de estas estrellas tuvieron una presencia más esporádica. Y había grandes lagunas. Lenguas como las grandes lenguas europeas modernas eran, por las razones que fuera, menos estudiadas en nuestra revista. Otras lograban una rara presencia, casi anecdótica. Yo luchaba por la máxima amplitud. Y ya hablé de una intervención de Tovar en el mismo sentido, en el 79.

Pero no quiero detenerme más. Nosotros éramos, cómo no, un conjunto arrastrado por los vientos de la moda, tan cambiantes en Lingüística. De otra parte, teníamos, ahora ya, competidores: mil Sociedades y organismos que surgían en España y fuera. Y gradualmente comenzó una cierta decadencia del Estructuralismo, sobre todo de sus formas extremas, así como de la Gramática histórica y la de las lenguas clásicas (que, por otra parte, tenían a su disposición revistas especializadas).

Salían de nuestros volúmenes los nombres conocidos, ya he hablado de ellos, entraban muchos nombres nuevos, sobre todo a partir del 93, lo cual, por otra parte, era señal de éxito. Intentábamos hacer claro y patente el conjunto que todo formaba, así en nuestras relaciones de tesis doctorales, en nuestras Bibliografías, en nuestras Secciones de Notas e Información, en la de Reseñas.

De todos modos no se me oculta que, sin dejar lo antiguo, pero disminuyéndolo a veces, la revista gradualmente cambiaba. Esto traía cosas nuevas, así en relación con ramas nuevas que se creaban (la lengua y el niño, la lengua y nuestro cerebro, estudios clínicos), también una cierta decadencia de las que en el inicio eran centrales. Y un crecimiento de estudios que yo llamaría monolingües: estudios sobre una sola lengua, el español sobre todo, estudios muy formalizados, a veces con una simbología críptica para los extraños, para mí mismo. Cierto que están apoyados por modelos generalmente anglosajones. La verdad, a veces resulta problemático si ciertos artículos responden a una revista de Lingüística General como la nuestra es o quiere ser, o a otra dedicada a tal o cual rama lingüística.

En este dilema nos debatimos a veces. Y publicamos cosas que, en ocasiones, resultan más adecuadas a los hábitos de comprensión de ciertos grupos que a los de los lingüistas todos en general, como al principio. Este no deja de ser un problema.

El aspecto de la Revista en parte continuaba, continúa, siendo el mismo, pero a veces cambia. Me preocupa especialmente la rara presencia de ciertas lenguas, la invasión del campo con artículos cada vez más en el filo de un generalismo un tanto abstracto, a veces, otras en el de lengua española. A veces los autores se olvidan en el título de esto, mencionan tal tema como si fuera general, yo tengo que añadir «en español». Claro que el límite, insisto, es a veces fluctuante.

Veán, por ejemplo, el último enorme tocho que tengo encima de la mesa, el volumen 38, de 2008. Allí hay un artículo sobre la zona de contacto, en el Ebro, de las lenguas paleohispánicas (una ponencia encargada por nosotros para nuestro anterior simposio, el de Pamplona). Hay luego un artículo sobre lo innato en la adquisición del lenguaje, otro sobre la teoría general del caso, otro sobre la adquisición de segundas lenguas, otro sobre sociología y toponimia, otro sobre lexicografía hebrea andalusí. Artículos generales, diríamos, más otro muy particular. Pero dominan los artículos sobre el español, de tipo muy formalizado y a veces difícil de leer, sin indicación de «en español» en el título, yo se la he añadido: sobre «llegar + infinitivo», sobre complementos verbales, sobre la elipsis nominal, sobre pronombres personales, sobre reflexivización, sobre el jejeo también en español, sobre la entonación en variantes del español.

Algunas lagunas también hay que notar. Con esto verán lo que es hoy nuestra revista. Por obra de nuestros colaboradores y nuestros informantes. Y, en definitiva, por obra de lo que llamaríamos el mercado (aunque este se reparta a los lectores muy desigualmente). Ya ven: hay ampliaciones y, al tiempo, faltan en ese número las lenguas clásicas, la Lingüística histórica, las lenguas literarias. Y el conjunto resulta cada vez menos accesible a todos, es una suma de sectores muy especializados.

Yo confieso que me sentía más cómodo en el antiguo ambiente. Pero esto es cosa generacional, sin duda. Echamos de menos a los antiguos amigos, los antiguos temas. Llegan y crecen otros y, aunque con nostalgias a veces, seguimos avanzando.

Trato de ser objetivo, mis preferencias personales no son aquí el tema. En todo caso, nuestra Revista ha estado y está al servicio de unos y otros, ha sido objetiva y neutral, ha constituido y constituye un centro, aunque a veces bastante fracturado. Hemos prestado y prestamos, creo, un servicio a la Lingüística española y a la Lingüística a secas. Y hemos superado, no sin problema, terribles baches, como el traslado a Albasanz de nuestra Sociedad y el cambio de editorial.

Vds. me tributan un Homenaje y yo se lo agradezco. Independientemente del mayor o menor éxito, que a veces depende de factores con motivaciones propias, creo que he hecho todo lo que he podido, dentro de un margen amplio, pero con evidentes limitaciones. Por lo que, evidentemente, dirijo este Homenaje, como al principio dije, a todos aquellos que han hecho posible nuestra Revista. A nuestras Juntas de la Sociedad y de la propia Revista, a nuestros directivos, a nuestros colaboradores. De ellos es, evidentemente, el mérito.

Por eso he escrito estas páginas, en las que a veces hablo de mí, mi tarea, mis pensamientos. Pero más de la Revista y de todos aquellos que la han hecho posible. A ellos hago revertir, insisto, el Homenaje. Yo no he hecho sino ayudar a la tarea común.

Muchas gracias a la Sociedad y a los organizadores de este Homenaje. Y a Vds. por su asistencia y su atención.